

II Acto

5 de julio de 2018

130° ANIVERSARIO DEL HOSPITAL JUAN A. FERNÁNDEZ

1era. Parte 1888/1938 – El Antiguo Hospital

Acad. Jorge Daniel Lemus¹

Etapas de Frenopático/Sifilocomio/Hospital 14 de septiembre de 1888, se creó el Dispensario y Sifilicomio

Hacia los últimos años del Siglo XIX la Ciudad de Buenos Aires enfrentaba los problemas sanitarios derivados de la propagación de las enfermedades de transmisión sexual, especialmente de la sífilis, obligando a contar con servicios “perfectamente definidos y que funcionaran con regularidad” para limitarlas y prevenirlas.

La administración sanitaria de la época, utilizó para este objetivo dos instrumentos; la Reglamentación de la Prostitución, el Dispensario de Salubridad y el Sifilocomio Municipal.

El Dispensario de Salubridad de la Ciudad de Buenos Aires, fue creado por ordenanza municipal promulgada por el intendente interino señor Guillermo Cramwell, el 14 de septiembre de 1888.

La Ley que daba vida a esta creación la ponía bajo la dependencia de la Asistencia Pública, y le designaba un personal compuesto de un médico-jefe y ocho médicos encargados del servicio interno y externo, un ordenanza y un portero. El cometido que le encomendaba se puede formular diciendo: vigilancia del estado sanitario de las mujeres que ejercen el comercio de la prostitución y aislamiento de las que presenten enfermedades o lesiones transmisibles por ese ejercicio.

Al Doctor Eugenio Ramírez, se le confió el primer puesto para lo que, el 1º de octubre de 1888, se le designó Jefe del Dispensario de Salubridad.

¹ Profesor Regular Titular – Departamento de Salud Pública y Humanidades Médicas – Cátedra de Historia de la Medicina – Facultad de Medicina – UBA



El frente se hallaba sobre Larrea, pero su mayor lateral se ofrecía sobre Peña, el tercer lateral daba sobre la calle Barrientos (antes llamada 2da. Larrea) y el cuarto lo limitaba un corralón municipal.

El 5 de noviembre de 1888, el Doctor Ramírez inauguró el cometido del Dispensario en la calle Esmeralda 76, abriendo el “Registro de Inspección”, en el que vinieron a asentar sus nombres las mujeres alojadas en los prostíbulos, provistos de permiso municipal, trabajo que se cumplió sin resistencia de parte de las interesadas. A la gerenta del prostíbulo se le dirigía una circular recordándole la obligación en que estaba de presentarse ella y sus pupilas a los efectos de la inscripción y señalándose día y hora. En su principio, el personal médico labró las actas, ocupándose de ello poco más de dos meses y medio.

Con un total de 869 mujeres inscriptas, el 28 de enero de 1889, se dio comienzo a la inspección médica: primero en los gabinetes de la oficina (servicio interno), y más tarde, en marzo, también en sus domicilios (servicio externo).

Las enfermas que comprobaban estas inspecciones no pudieron hospitalizarse durante los tres primeros meses; quedaron a cargo de las regentas de los prostíbulos, con la pertinente anotación en la libreta.

El Sifilicomio (luego Hospital Juan A. Fernández) comenzó a recibirlas el día 22 de abril, y desde ese momento todas fueron enviadas allí, lo que se hacía directamente del Dispensario en un coche que aquel establecimiento tenía destinado a ese servicio.

Hay referencias de la inmigración de mujeres polacas o ucranianas que terminaron siendo prostitutas (quizás uno de los primeros ejemplos entre nosotros de la trata). Puede ser que el lunfardo las conociera por papirusas (mujer de vida licenciosa o irregular), en tanto solicitaban cigarrillos en su idioma. Dice Eduardo Rubén Bernal que lo curioso es el origen de la palabra. Se cuenta que aparece por cruce de “papusa” con la voz polaca “papjerosy: cigarrillo”, palabra muy común en boca de las prostitutas

polacas, las primeras mujeres capaces de fumar en público en esos años iniciales del siglo XX, que con lo poco que por razones idiomáticas, podían comunicarse con sus clientes, solían pedirles tabaco con algo que sonaba parecido a “dame papirosa”, con lo que la voz quedó instalada, primero en el prostíbulo para prosperar después fuera de él. Como luego se comentará, esto explica que cuando se creó el Dispensario, formara parte de la planta un intérprete.

Por esa época, había en la Capital un crecido número de locales en que se ejercía abiertamente la prostitución y no estaban dotados al efecto del permiso municipal.

Refiere Irizar que en su mayoría se publicitaban con un rótulo de expendio de bebidas, comestibles, cigarros u otros; predominaban los que se decían “Café”, de donde el nombre tan vulgarizado de Cafetín, que sirvió para caracterizar un gran grupo de prostíbulos clandestinos.

Se agrega al dispensario el Sifilicomio-Hospital

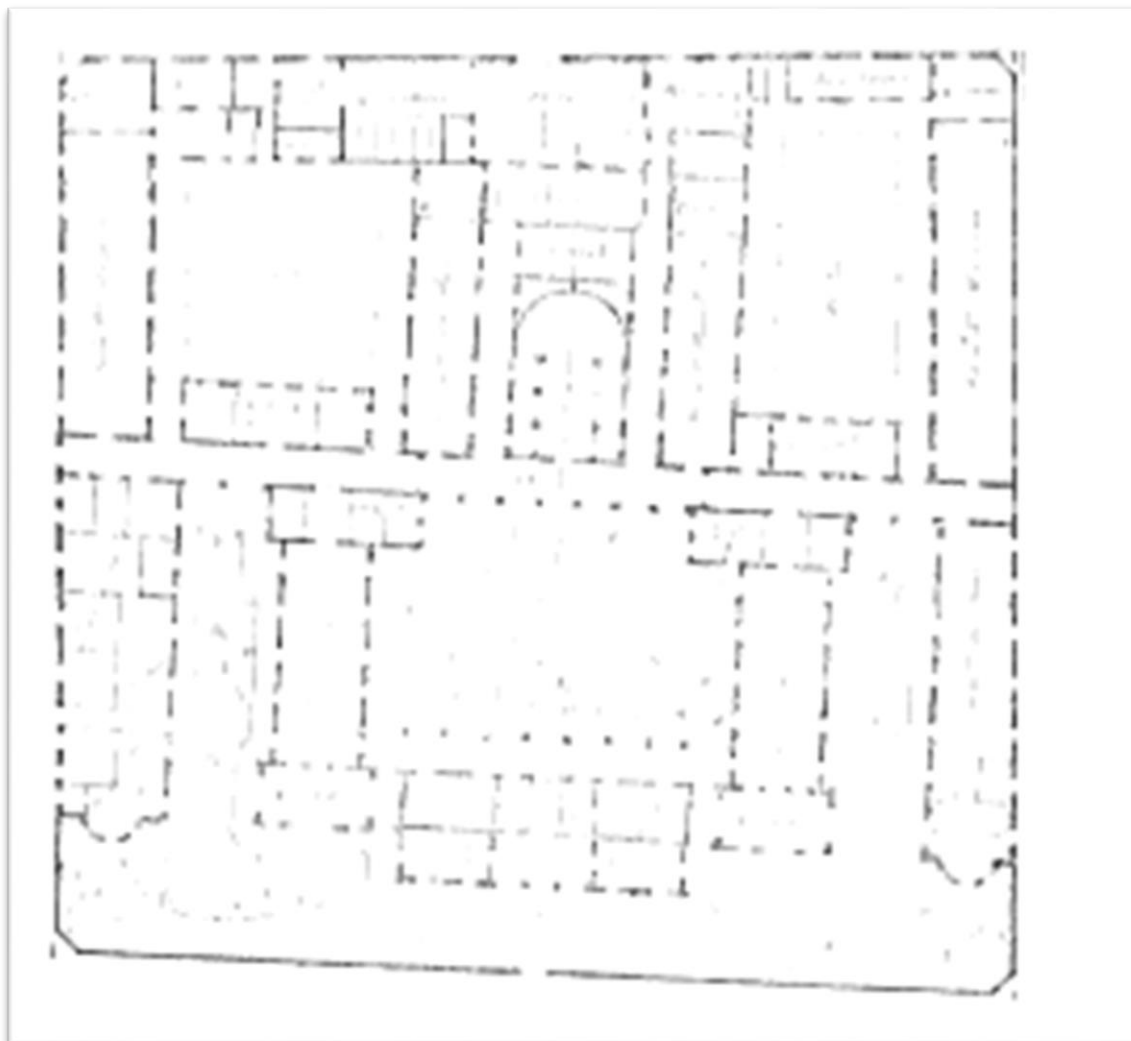
El Hospital Fernández fue fundado en 1888, durante la Intendencia del Dr. Antonio F. Crespo, catedrático de la Facultad Medicina. Refiere el Dr. Arturo Uriarte, su primer Director, que alarmado Crespo en su calidad de Higienista, por la enorme difusión de las enfermedades venéreas, debida principalmente a la deficiencia de las ordenanzas sanitarias que reglamentaban el ejercicio de la prostitución en el Municipio, envió en dicho año al Concejo Municipal un proyecto creando, como hemos expresado, el Dispensario de Salubridad, a cuya oficina encomendaba la tarea de vigilar el cumplimiento de las disposiciones contenidas en aquel. La Comisión de Higiene del Concejo, creyendo que esa reglamentación no daría los resultados apetecidos mientras no existiera un hospital, en el que pudieran recibir tratamiento médico las mujeres declaradas enfermas por el Dispensario y todas aquellas afectadas del mismo mal que voluntariamente lo solicitaran, completó la idea del Dr. Crespo proponiendo la creación de un establecimiento adecuado y la hospitalización obligatoria para las primeras.

El Concejo aprobó el dictamen de su Comisión de Higiene, y por Ordenanza de 14 de septiembre de 1888 creó el dispensario de Salubridad y el Sifilicomio Municipal.

La ordenanza destinaba la suma de 100.000 pesos m/n para la construcción de un edificio para sifilicomio de ambos sexos, autorizando al Intendente para alquilar una o más casas, donde pudiera instalarse en seguida el mencionado Hospital.

Fue tarea ardua la de encontrar un edificio aparente para ese objeto, y recién a principios del mes de abril de 1889 el sifilicomio empezó a funcionar en un edificio inconcluso, construido para un frenocomio particular, que la Municipalidad adquirió, aunque en mayor suma que la autorizada.

ANTIGUO SIFILICOMIO MUNICIPAL Plano General del antiguo Frenocomio



ANTIGUO SIFILICOMIO MUNICIPAL
(luego Hospital del Norte y más tarde Hospital Fernández)
Fachada Principal desde las calles Cerviño y Vidt (hoy Ruggeri)





Su primer Director fue el Dr. Arturo Uriarte, quién durante varios años conservaría la conducción.

Durante siete años el Establecimiento recibió exclusivamente enfermas enviadas por el Dispensario de Salubridad, pero después su población siguió las mismas alternativas por las que pasó la Ordenanza que lo creó, experimentando modificaciones fundamentales en 1895, en 1903 y en 1907.

Fue durante varios años un hospital común, sin otra diferencia con el primitivo sifilicomio que la de tener una sala destinada a enfermedades venéreas. Posteriormente la escasez de camas para hombres en los demás establecimientos municipales lo convirtió, no obstante los grandísimos inconvenientes de la distribución de sus locales, en Hospital Mixto, desde 1904 hasta diciembre de 1907, en que por la ordenanza del 30 de julio de ese año fue necesario desalojar a los hombres y recibir en esas salas a las mujeres enfermas que nuevamente empezó a enviar el Dispensario. Quedó para varones únicamente la Sala 7ma. Afectada al Servicio de Primeros Auxilios.

Refiere Uriarte que en la Intendencia del Dr. Miguel Cané perdió su primitivo nombre llamándose “Hospital del Norte”, que le fue modificado de nuevo durante la Administración de Don Alberto Casares, por el de “Hospital Juan Antonio Fernández”, nombre de un médico afamado, catedrático de Clínica Médica en el Instituto Médico de Buenos Aires, nacido en Salta el 1º de diciembre de 1786 y muerto en Buenos Aires el 24 de septiembre de 1855.

El edificio estaba ubicado en una pequeña manzana de 84 metros por 87 aproximadamente, rodeado por las calles Cabello, Bulnes, Vidt y Cerviño, lo que imposibilitó de allí en más su ensanche.

Las primeras décadas del Hospital

La precaria construcción del Hospital se hallaba en un barrio de potreros y baldíos, que en nada anunciaban uno de los actuales núcleos más poblados de la

ciudad. Una vez urbanizada la zona, la manzana en la que se hallaba el edificio, quedó enmarcada por las calles Cerviño, Vidt, Bulnes y Cabello.

Tiempo después; el 28 de octubre de 1904 una Resolución Municipal imponía el nombre de Dr. Juan Antonio Fernández al Hospital del Norte; Francisco Javier Muñiz a la Casa de Aislamiento y Dr. Cosme Argerich al Hospital de la Boca, estableciéndose asimismo los nombres para las diferentes salas.

El Profesor Llamas Massini, con su poética prosa, describe así su primer contacto con la Institución: "corría el mes de mayo de 1898. Pocos meses habían transcurrido desde la festividad imborrable de nuestra colación de grados en la Facultad de Ciencias Médicas, y como un premio de estímulo al galeno flamante, acababa de recibir el nombramiento de médico interno del Hospital Norte de Mujeres. En busca de mi puesto, y no sin algún trabajo, llegué por fin a encontrarme frente a un edificio misterioso, chato y obscuro, apartado del centro de la ciudad y escondido en un barrio solitario de calles cortadas, sin pavimento alguno, con grandes baldíos, viviendas miserables e isletas de sauces llorones que saciaban su sed en la brisa húmeda del gran estuario, cuyas aguas burlaban, de tiempo en tiempo, la cercana ribera y avanzaban impetuosas hasta ellos, al empuje de los grandes temporales."



Destinado exclusivamente a la cura y reclusión de mujeres sin hogar, sin nombre y sin honor, víctimas de contagios abominables, había marcado con estigma indeleble a toda infeliz que traspuso su puerta, arrastrando consigo su mal y su infamia. Rancieros conceptos de higiene física, moral y social impusieron tales medidas de fuerza y de

secuestros, muy justificadas en aquellas épocas ya lejanas en que el país sufría la mayor invasión aventurera, maligna y ponzoñosa que haya conocido".

"Era un vetusto hospital solitario en el barrio desierto de esa extensa zona en cuyo centro se erguía la Penitenciaría Nacional, la de los fosos y murallas circundantes que irradiaban recelos y desconfianza, cuando en la hora del crepúsculo, dibujaba sobre el lejano cielo su silueta enigmática de castillo legendario".

Caballerizas del Hospital Fernández, Palermo c. 1930



Posteriormente, entre los años 1907 y 1910 se invierten alrededor de 50.000 pesos en diversas mejoras. En este último año se da término a la construcción de la sala de Cirugía, que comienza a funcionar al año siguiente, habilitándose asimismo los consultorios externos. Dos años más tarde se construyeron dos salas altas; una para maternidad y otra para niños, dándose término también, al Pabellón para médicos y practicantes.

Las salas destinadas para hombres fueron ocupadas inmediatamente con numerosos enfermos, las salas de mujeres del nuevo hospital mixto permanecieron casi desiertas.

"Era preciso, pues, romper la tradición de afrenta del viejo Caserón; era preciso purificar aquel ambiente maligno, quemándolo con un fuego sagrado que simbolizara a todas las virtudes, que inspirara todas las simpatías. Y ese fuego casi divino solo podía encontrarse en el amor, en el más noble y excelso de los amores, en el amor de madre, en la maternidad."

“Así lo comprendió el Director General de la Asistencia Pública, doctor Horacio Piñero y el 23 de Agosto de 1912 fundó un pequeño servicio de partos.

El cuerpo médico comenzó a consolidarse, siendo la estudiantina de los practicantes una característica que se mantuvo durante décadas.

El interés de todos por el Hospital, culminó en la sesión celebrada por el Honorable Concejo Deliberante el 30 de junio de 1926, desde donde se hizo llegar al Departamento Ejecutivo Municipal una expresión de deseos en el sentido de que se estudiara "la conveniencia y oportunidad de reconstruir totalmente" dicho nosocomio. Esa minuta fue reiterada por el Cuerpo en la sesión del 30 de Diciembre del año siguiente. No obstante ese patriótico empeño debían transcurrir diez años aún antes que se diera comienzo a los estudios necesarios.

Finalmente el 23 de diciembre de 1937, siendo Intendente Municipal el Doctor Mariano de Vedia y Mitre y Director General de la Administración Sanitaria y Asistencia Pública el Dr. Juan M. Obarrio, la Ordenanza 9240 autorizaba la inversión de 3.500.000 pesos para la reconstrucción total del viejo Hospital.

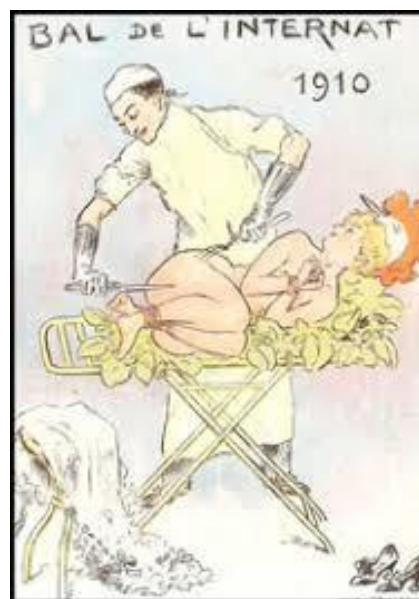
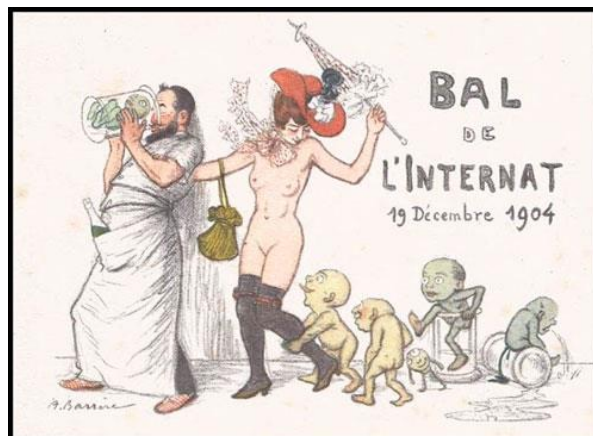


EL TANGO “AMONÍACO” Y EL HOSPITAL FERNÁNDEZ

Prof. Dra. María Carmen Lucioni²

Estaban destinados a amenizar, una vez al año, la velada en el Día de la Primavera, coincidente con el Día del Estudiante.

Se inspiraban en los que realizaron los estudiantes de medicina franceses en la sala Bullier en París durante más de un siglo y que sólo fueron interrumpidos en 1870 y 1914 debido al inicio de la Guerra Franco-prusiana y de la Primera Guerra Mundial, respectivamente.



² Doctora en Salud Pública - Directora del Doctorado en Salud Pública – UCES y de la Licenciatura en Administración de Servicios de Salud



Estos fueron festejados en el Bullier durante todo un siglo y era tradicional que cada hospital organizara su desfile, incluyendo zafadas representaciones.

Los bailes del Internado

Diversos trabajos describen los bailes realizados en Buenos Aires y relacionándolos con sus inspiradores en París, tomando como ejemplo el que tuvo lugar en dicha ciudad en la sala Bullier en 1913, un año antes del primer baile homónimo en nuestro país.

Weisinger describe las actividades “artísticas” en las que participaban los internados, de la que los bailes eran un complemento infaltable.

El tango ocupaba un lugar trascendental en estas veladas: los autores, los títulos y las dedicatorias.

Un año después se reiteró este festejo, y se organizó otro baile para el cual Canaro estrenó el tango El internado, dedicado a todos los practicantes agrupados en la Asociación del Internado y a su presidente, el doctor Adolfo Rébora.

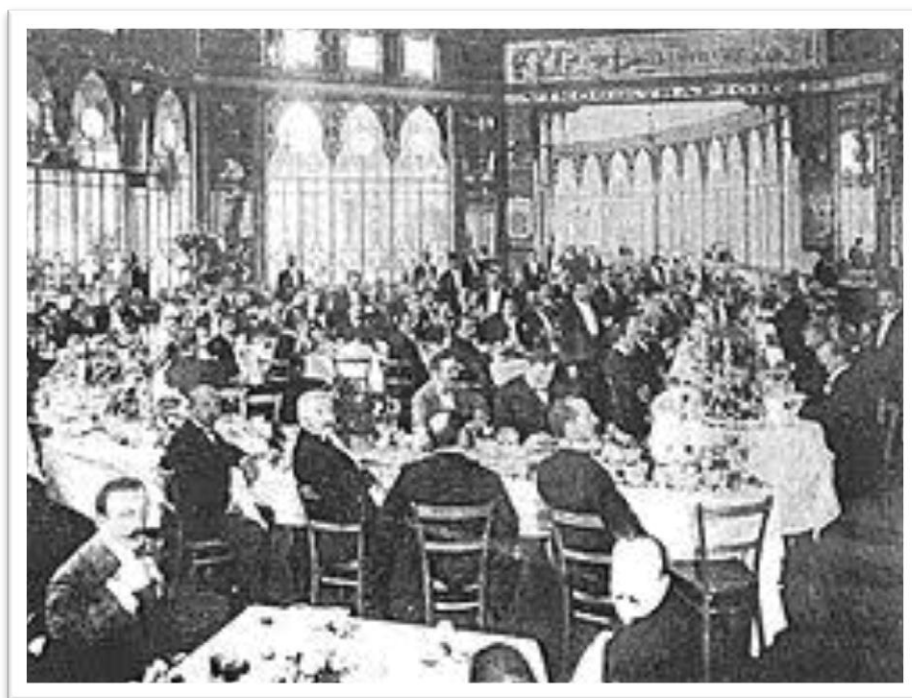
Fue editado por Breyer Hnos. y la carátula, ilustrada por el dibujante Arturo Lanteri, pasó a ser el símbolo de estos eventos

El Pabellón de las Rosas fue un destacado cabaret y salón de baile de la Buenos Aires de comienzos del siglo XX donde se interpretó y bailó el tango. Estaba ubicado en el barrio de la Recoleta, en la intersección de la Avenida Alvear —hoy Del Libertador— y la calle Tagle. Funcionó entre fines del siglo XIX y 1929, cuando sus instalaciones fueron demolidas.

Según Felipe Amadeo Lastra, se trató del primer local de Buenos Aires donde estuvo permitido el baile en público. A escasos metros se encontraba otro de los salones emblema de la época, el Armenonville.

En el Pabellón se ofrecieron los más recordados “bailes del internado” que dieron los estudiantes de medicina una vez al año.





Tango en el Pabellón de las Rosas



Los internados o practicantes de Buenos Aires cumplían tareas en los hospitales metropolitanos y eran los organizadores de estos festejos locales. Era costumbre que solicitaran para ello nuevos tangos a los poetas y compositores del momento para ser estrenados en aquellas oportunidades.

El tango era un participante infaltable en los Bailes del Internado y las mejores orquestas se disputaban el privilegio de animar dichas reuniones, pues era una gran ocasión para dar a conocer e imponer nuevas obras que alcanzaban rápida popularidad.

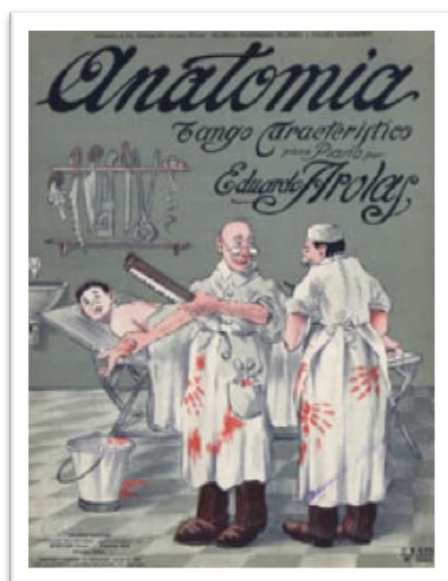
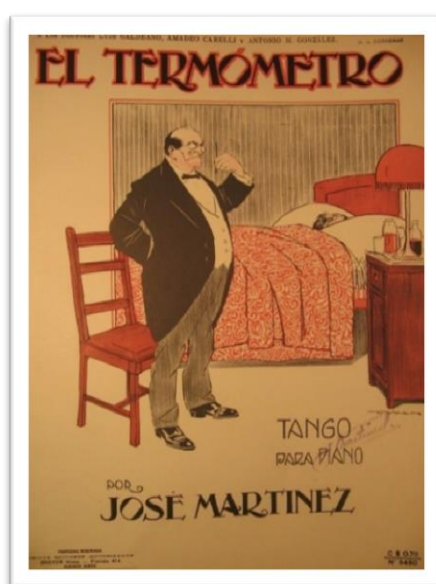
También se dedicaban tangos al personal de Hospitales, sea por amistad o por algún servicio prestado.

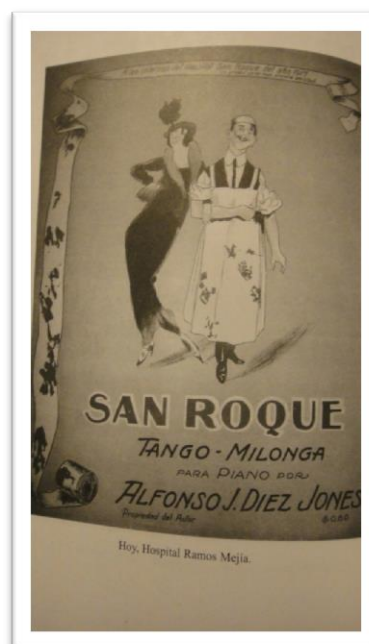
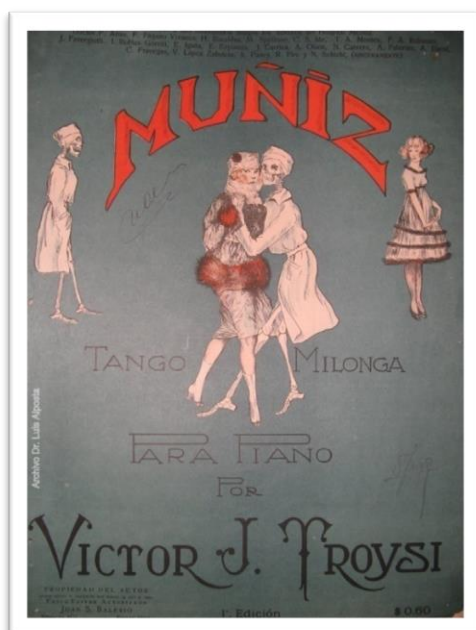
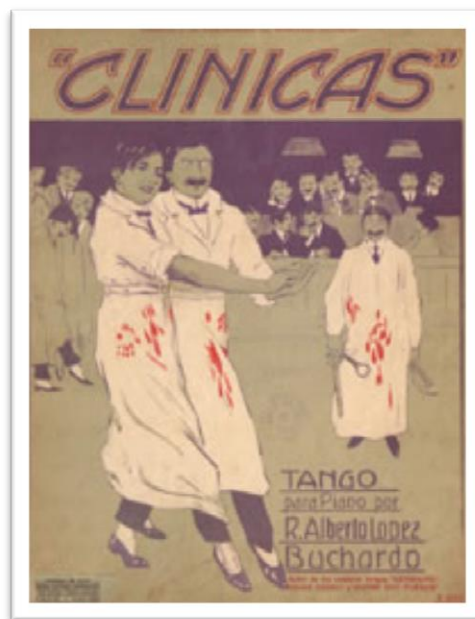
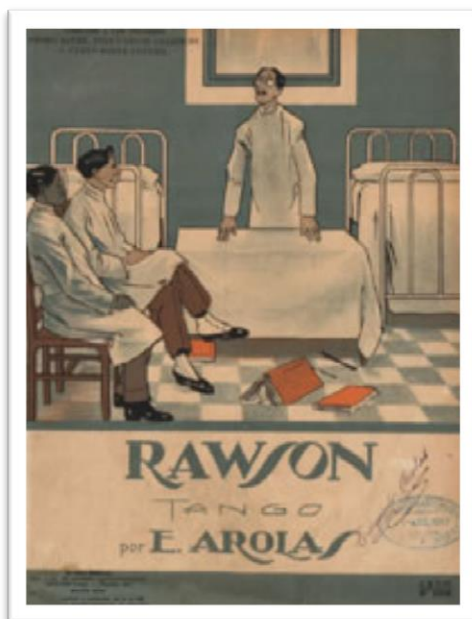
El Círculo Médico Argentino y el Centro de Estudiantes de Medicina, realizaron una función de gala en el Splendid Theatre a beneficio de la biblioteca de la institución. Además los internos de los hospitales de la Capital organizaron un baile de fantasía en el Palais de Glace, que había generado gran entusiasmo en sus días previos.

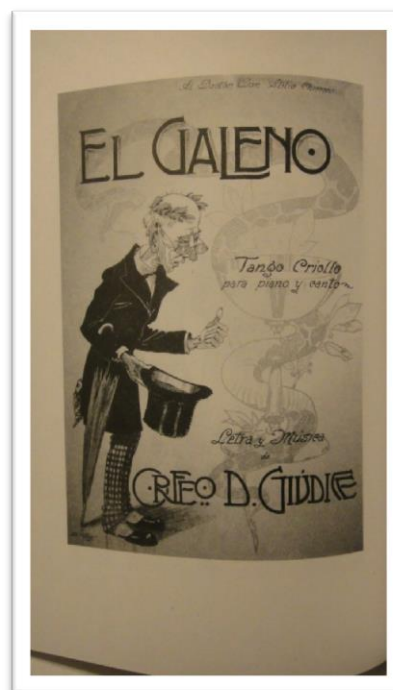
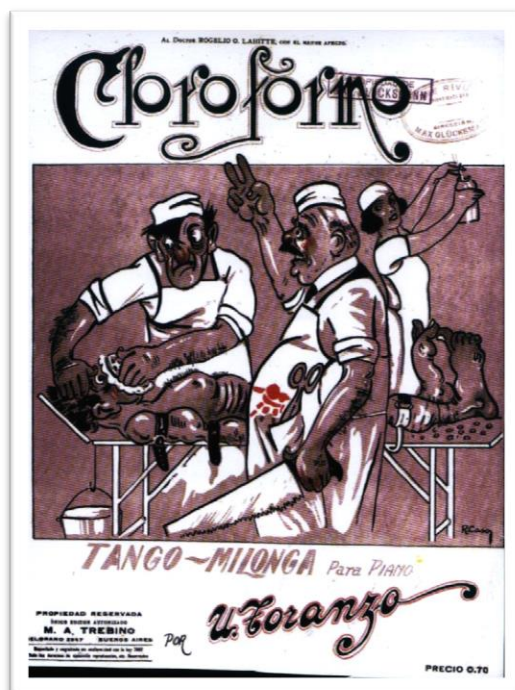
Tuvo lugar el 24 de septiembre de 1914 y desde entonces se repitió cada año: se los conoció con el nombre de Bailes del Internado.

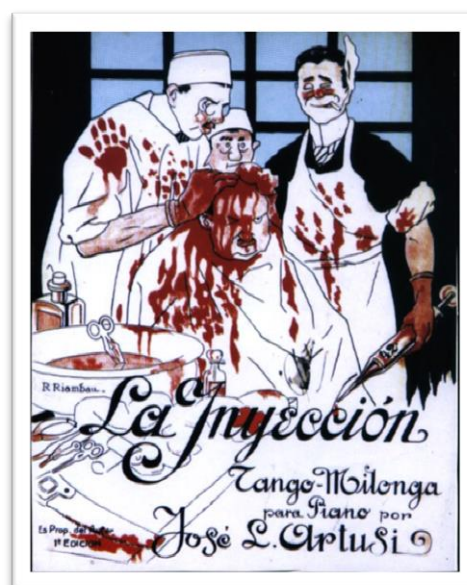
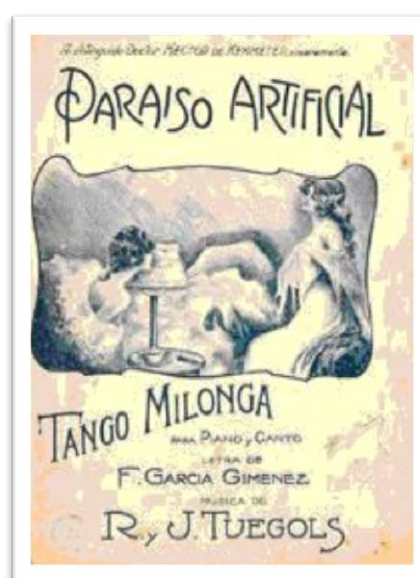
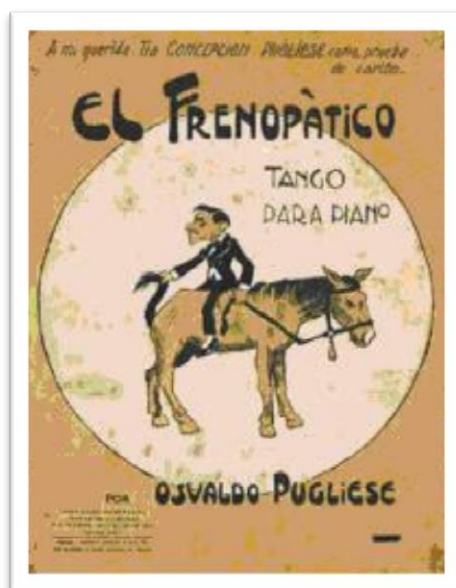
Canaro estrenó el tango Matasano, con letra del uruguayo Pascual Contursi, dedicado a los internos del Hospital Durand.

Roberto Firpo, músico que también intervino en aquella celebración, aportó El apronte, para los internos de ese año del Hospital San Roque.







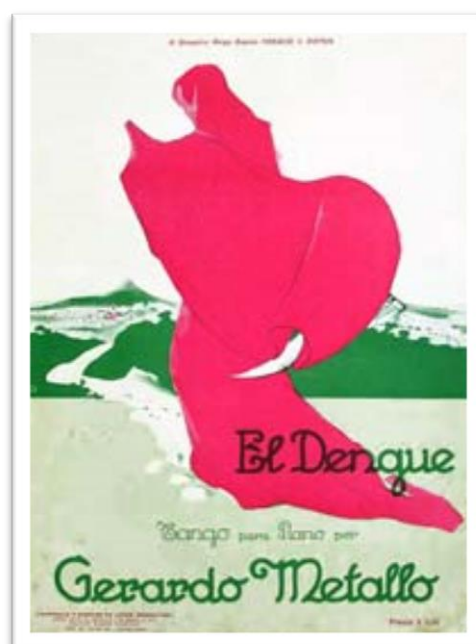
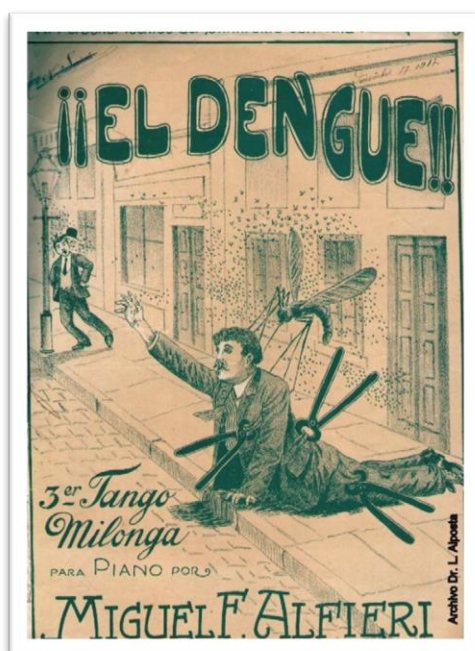


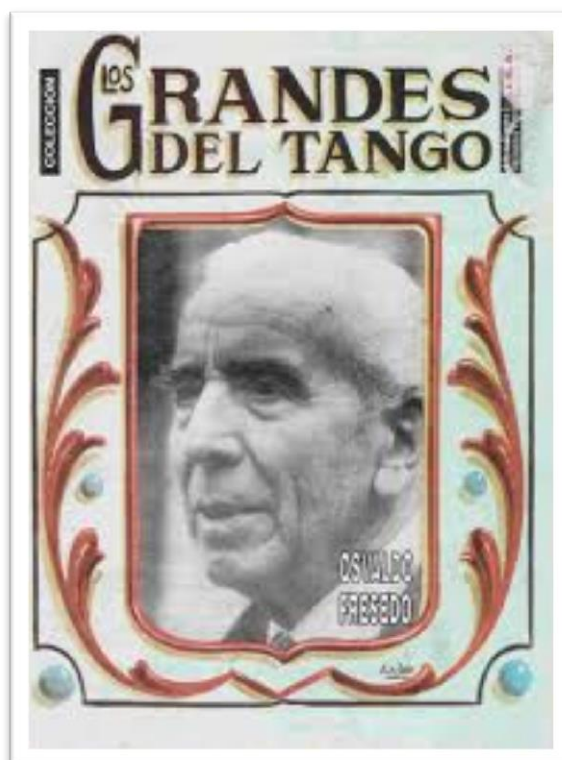
Los tangos dedicados a la medicina

Varios músicos se sumaron al festejo en 1917, escribiendo sobre asuntos relativos a la temática médica. Entre ellos, el pianista José Martínez, quien compuso *El termómetro*, dedicado a los médicos Luis Galdeano, Amadeo Cavelli y Antonio M. González.

El músico, bandoneonista, director y compositor Osvaldo Fresedo, quien en 1916 había sido incorporado al antológico quinteto de Vicente Loduca en el que infundió sus ideas musicales, escribió una de sus más tempranas obras: *Amoníaco*, en honor a los internos del Hospital Fernández grabándola en 1917 para el sello Víctor.

Por esa época, Buenos Aires y sus hospitales sufrieron epidemias de Dengue. También esta historia quedó reflejada en la música popular. Tres tangos, escritos en las primeras décadas del siglo pasado: 1º) «El dengue», tango de Gerardo Metallo. Ed.: Roque Gaudiosi. (c. 1911 – Gran epidemia) 2º) «¡El dengue!», tango milonga de Miguel F. Alfieri. Ed.: Raúl Ortelli. Dedicado al personal técnico del Sanatorio Central (año 1917). 3º) «El dengue», tango de Vicente Demarco y del doctor Arnoldo Yódice (año 1921), reflejan la preocupación por la enfermedad y la presencia de la misma en la cultura popular.





Osvaldo Fresedo y el tango “Amoníaco” Dedicado a los médicos internos del Hospital Juan A. Fernández.

El autor, Osvaldo Fresedo

Osvaldo Fresedo nacido en Buenos Aires el 5 de mayo de 1897, fallece en la misma ciudad, el 18 de noviembre de 1984).

Su nombre completo era Osvaldo Nicolás Fresedo, compositor y director de orquesta de tango, también conocido como "El pibe de La Paternal".

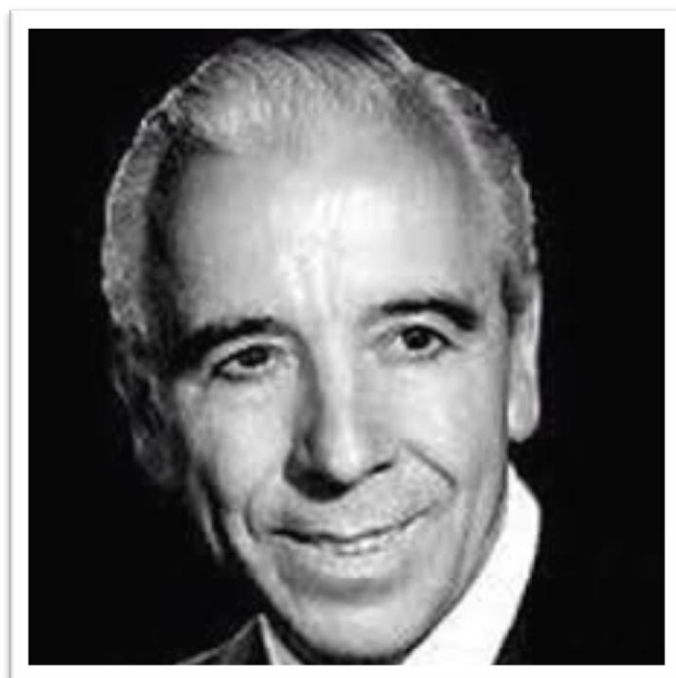
Fue de origen acomodado y su madre le dio las primeras lecciones de música, pero siendo aún pequeño su familia se trasladó a un barrio más popular y fue allí donde empezó su interés por el tango.

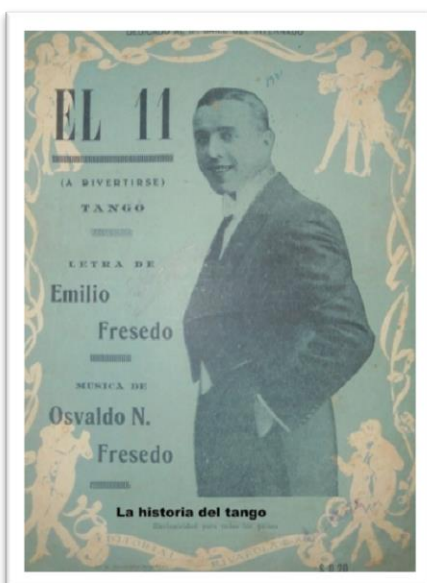
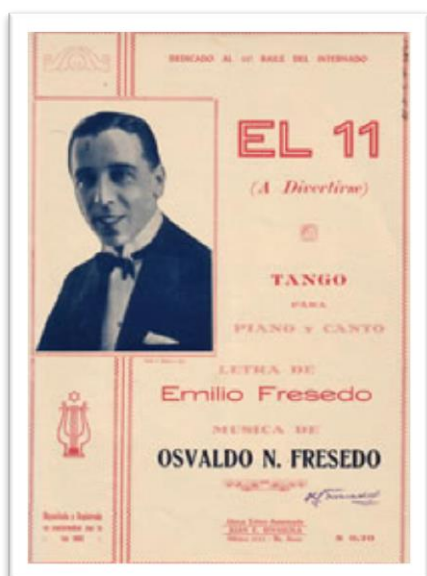
Aprendió a pulsar el bandoneón y siendo todavía adolescente integró varias de las más conocidas orquestas de la época de la Guardia Vieja.

Amoníaco, dedicado

Se dice que el estilo musical de Osvaldo Fresedo fue caracterizado por “la delicadeza del gusto, los ligados, los suaves matices y los solos de fantasía del piano apuntaban al oído de las clases altas, aunque llevando hasta ellas el mensaje musical del arrabal profundo, que siempre emergía en el arte fresediano.”

Consecuentemente Fresedo elegía cantores que además de tener el nivel de calidad requerido encuadraran en ese estilo, tales como Roberto Ray, Oscar Serpa o Ricardo Ruiz, y Héctor Pacheco no solamente perteneció por derecho propio a esa escuela sino que incluso para más de un crítico fue su mejor exponente, el más afinado, el más seductor y, también, el más personal.





"El once", cuyo subtítulo es "A divertirse", de Osvaldo Fresedo y letra de su hermano Emilio, en homenaje al 11º y último Baile del Internado, en 1924.



“El Espiante”, su primer tango, bautizado originalmente “La Ronda”.

“Amoníaco”, tango-milonga dedicado a “los internos del Hospital Fernández”

Hacia 1917, publicado en el 18, Fresedo compone un tango milonga dedicado a los internos del Hospital Fernández, probablemente para uno de los Bailes del Internado. Extrañamente la firma dice “O.M. Fresedo” y no la N de Nicolás. Es decir, se cumplen 100 años de esta obra y de su dedicatoria.

En la carátula de la partitura se observa a un médico -llegado en una ambulancia Ford T de la época- tres transeúntes y un policía con el particular casco “alemán”, que hace aspirar a un paciente apoyado en la pared, sales de amoníaco (que se usaba para recuperar a los alcoholizados).

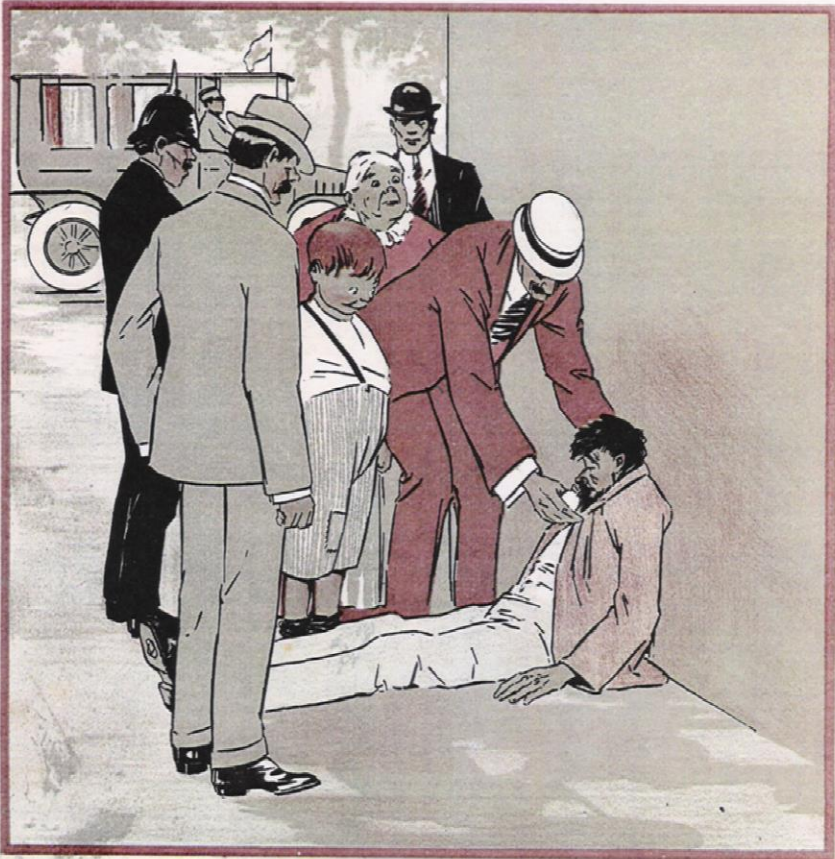
Un niño observa la escena, con una sonrisa picaresca y un solo tirador en el pantalón (propia de las clases bajas de la época).

Gracias a una larga investigación, logramos hacernos de la partitura original y, de otra investigación, aún más larga, de la que probablemente sea la única grabación de esta pieza; Vicente Loduca, con la Orquesta de Ferrer-Filopoto (1917-1918).

Fresedo contaba tan sólo 21 años.

A LOS INTERIORS DEL MUSICAL FERNANDEZ.

AMONIACO



TANGO
 para PIANO
 por O.M. FRESEDO

PROPIEDAD RESERVADA
 UNICOS EDITORES AUTORIZADOS
 BREYER Hnos. - Florida 414
 BUENOS AIRES
 Depósito y registro en conformidad con la ley 7002

C \$ 0,60

AMONÍACO
Tango Milonga

por C. M. FRESEDO

PIANO

D. C. 5



Datos biográficos



Oswaldo Nicolás, nació el 5 de mayo de 1897 en Lavalle 1606 (esquina Rodríguez Peña). Del corazón de Buenos Aires, se trasladaron los Fresedo un tiempo hasta la barriada de Ramos Mejía, en la Provincia de Buenos Aires, pero al tiempo volvieron a la capital, para vivir en la calle Billinghamurst 434. Las mudanzas de los años, los llevaron al barrio de Floresta en Gualeguaychú y Seguro. Finalmente, se establecieron en el barrio de la Paternal, en Del Campo y El Cano. cursaba Oswaldo sus estudios primarios (a los diez años) en una escuela de la calle Yermal.

Su madre, Clotilde García, era profesora de música. Había un piano en la casa de los Fresedo y todos los hijos recibieron elementos rudimentarios en el teclado. Aunque fueron Oswaldo y Emilio, quienes despertaron mayor interés por las notas musicales. Oswaldo tocaba de niño, una concertina que tenía su papá y desde 1910 en adelante, solían escucharse por los cafés del barrio, los tangos que poco a poco, lo fueron atrapando.



Como gran parte de los apellidos florecidos en el tango, Fresedo miente el nombre de una familia inmigrante de cierta ascendencia social, de origen y procedencia itálica, aunque la madre de nuestro biografiado, sea el ibérico de Clotilde García. Su marido, Nicolás Fresedo, era socio del bazar Buzzetti, Azza y Cía, sito en la vieja calle Cuyo (hoy Sarmiento). Cuatro hermanas y cuatro hermanos, sumaban ocho hijos para el matrimonio ítalo-ibérico.

Una noche (cerca de 1912), escuchó un trío con Berto al bandoneón, Canaro en violín y Domingo Salerno en guitarra. Al quedar impactado con el tango, dejó el segundo año de la escuela comercial, para estudiar bandoneón con un músico callejero llamado Carlos Besio o Veccio, quien tocaba de oído. Luego, tomó clases de teoría con un destacado músico de conservatorio, el violinista Pedro Desrets. Pero fue el bandoneonista Manuel Firpo (integrante de un famoso cuareteto que grababa discos Sonora y Tocasolo de la casa Tagini, en 1912/14), quien lo guió en el mundo del bandoneón.

Su padre, enterado de su abandono escolar, lo expulsó –circunstancialmente- de la casa de la Paternal y fue entonces que Oswaldo Nicolás se fue a la vecina barriada de Villa Ortúzar, con su amigo Nelo Cosimi (futuro gran actor del cine mudo argentino), con quien convivió un tiempo y trabajó como pintor de brocha gorda. Con el dinero juntado por su trabajo de pintor, se compró un primer bandoneón de 50 voces. Luego, su

progenitor lo perdonó y le regaló un fueye de 71 voces, con el cual, Osvaldo empezó a ejercitar en el almacén que su papá, había inaugurado en el barrio de Flores.

Además de tocar en el almacén del padre (Maffia haría algo parecido en el boliche que tenía su papá), Fresedo en el bandoneón, su hermano Emilio en violín y Martín Barreto en guitarra, formaron un trío callejero, que deambulaba por Paternal, Villa Ortúzar, Chacarita, Floresta y otros barrios, actuando en serenatas y casamientos. Cerca de 1914, el trío callejero logró llegar a una meta importante al debutar en el Café "Paulín" de Avenida San Martín entre Donato Álvarez y San Blas. Actuaban viernes, sábados y domingos por dos pesos por noche cada músico, lo que le granjeaba, una paga de seis pesos semanales.

Pero su fama de buen bandoneonista, fue corriendo rápidamente por los palcos de los cafetines del tango. Un pianista del Café "Maldonado", Antonio Basso, lo convocó para formar trío junto a él y el violinista Enrique Modesto, en el legendario bar de la calle Santa Fe. Estuvieron un mes allí. Con éstos realizó también su primera gira artística bajo modalidad profesional, al ser contratados por el Teatro Municipal de la ciudad de Pergamino, en el Norte de la Provincia de Buenos Aires. Allí, animaron los bailes de carnaval.

De regreso a Buenos Aires, fue llamado para actuar en el famoso Café "Tontolín", formando trío con José Sassone al piano (compositor conocido en los años veinte y colaborador de Magaldi) y Emiliano Costa al violín. Por intermedio de su maestro en el fueye, Manuel Firpo (que había tocado con Aróstegui), Fresedo pasó a trabajar como bandoneonista del conjunto de Manuel Aróstegui, primero en un café de Rivera y Canning y luego, en el café "Venturita" de Corrientes y Serrano, donde poco antes actuaban Berto con Canaro y Salerno.

De esta manera, Fresedo se hizo un nombre en el tango y empezó a ser reconocido por sus pares en el ambiente, con el mote de "El Pibe de la Paternal", aunque los éxitos masivos, todavía no habían asomado.

En 1915, actuó como bandoneonista en una academia de baile de la calle Thames, haciendo dúo con la guitarra de José Ricardo, quien poco después, ingresó al conjunto de Gardel-Razzano. Para 1916, el ya consagrado bandoneonista Vicente Loduca, lo convocó para trabajar en su orquesta y llegaron al escenario del cabaret "Royal Pigall". Le pagaban a Fresedo cinco pesos por noche y podía percibir propinas de los clientes. También Arolas, le pidió que lo reemplazara en el cabaret "Montmartre" de Corrientes entre Uruguay y Talcahuano, donde Fresedo se puso bajo las órdenes de José Martínez en piano y dirección, Francisco Canaro y Rafael Rinaldi (luego el francés Doutry) en violines y Leopoldo Thompson en contrabajo.

En 1917, integró la gran fusión de las orquestas de Canaro y Firpo, para hacer los seis bailes de carnaval en el Teatro Colón de Rosario. Integraban el plantel casi todos los mejores músicos del momento: Eduardo Arolas como primer bandoneón; le seguían Fresedo, Pedro Polito y Juan Deambroggio "Bachicha" en fueyes; José Martínez al piano (con Firpo a dúo), Ricardo Ruperto Thompson al contrabajo; Agesilao Ferrazzano, Julio Doutry y Tito Roccatagliata en violines; Michetti y Juan Carlos Bazán en vientos.

Retomó su tarea con Loduca y en 1918, grabó con ese conjunto en dupla bandoneonística con su amigo y director. Llegaron así al disco Víctor: “La revoltosa” de Lomuto, “El consultorio” de Thompson, “La gallinita” de Loduca y entre otros más, tres de sus tangos: “Amoníaco”, “Menenguina” y “El comisionado”. Berto ya le había registrado por esos días, “El Espiante”, su primer tango, bautizado originalmente “La Ronda”. A partir de entonces, Fresedo se convirtió no sólo en un respetado músico del ambiente, sino en un popular compositor de tangos.

Como colofón a esta primera etapa de su carrera, agregaremos que para regocijo de los coleccionistas, Osvaldo Fresedo en bandoneón, Tito Roccatagliata en violín y Juan Carlos Cobián, en guitarras, grabaron en 1918, algunos temas como trío típico en el sello “Telephone”. Uno de esos tangos era “Buenos Aires tenebroso” de Tito y el otro, “Amoníaco” de Fresedo, que ya se popularizaba entre el público porteño. Fue entonces, que decidió armar su primera agrupación bajo su batuta. Estamos recién en 1918.

Orquesta típica Loduca

“La gallinita”, tango de Vicente Loduca
 “Penas de amor”, vals de Augusto Pedro Berto
 “Amoníaco”, tango de Osvaldo Fresedo
 “Menenguina”, tango de Osvaldo Fresedo

Hay que recordar que Fresedo trabajó con Loduca en estos tiempos de 1918 e inclusive hicieron dupla bandoneonística ejemplar. La de Loduca, será la última agrupación para la cual Fresedo trabajará como músico integrante, para pasar ya a la dirección de agrupaciones desde 1919.

Fresedo y su Anécdota de las primeras grabaciones, entre las que se incluye “Amoníaco”

«El técnico sólo conocía a Ferrer y a Loduca, como Ferrer se quedó en Francia salió a buscar a Loduca, cuando éste se enteró, apareció por el Royal Pigall, donde estaba tocando. A mí no me conocía, pero sí a Canaro, lo vio y le dijo «—Mirá, yo tengo un asunto, me vienen a ver de la Víctor para grabar unos discos, ¿no los podría hacer con ustedes?»; ocurre que en ese momento no tenía orquesta ni nada. Aceptamos.»

«Éramos Canaro y Julio Doutry (violines), José Martínez (piano), Ruperto Leopoldo Thompson (contrabajo) y yo, ahora con Loduca (bandoneones).» Grabaron seis temas como Orquesta típica Vicente Loduca y con el agregado en la etiqueta de «dos bandoneones Loduca-Fresedo», llegan al disco el resto de ese año y parte de 1918, con 28 títulos más.

